

PALABRAS DEL DIRECTOR AD HONOREM DEL CURSO

CRÓNICA DE ESTAS DOCE TRAVESÍAS

Quisiera comenzar mis palabras con un agradecimiento al Colegio de Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, Demarcación de Andalucía, Ceuta y Melilla, por la confianza depositada en este curso, y a todos los empleados de las Oficinas de Granada y Sevilla. En particular, a nuestro secretario José Luis Sanjuán y a Rocío Masa, que tan de cerca han llevado todos los aspectos organizativos. A nuestro Decano Juan Manuel Medina por la confianza depositada en nuestro curso, al igual que a todos los anteriores que iniciaron y consolidaron el mismo: Virginia Sanjuán, Abraham Carrascosa y Luis Moral. Y a nuestro presidente del Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, Miguel Ángel Carrillo, por haber apoyado con su presencia y sus palabras el desarrollo y cierre de este curso.

Pretendo ser muy breve, algo que a veces me cuesta, por mi vocación tardía de columnista y escritor. Este va a ser nuestro acto de clausura número doce, celebrados los dos primeros en El Puerto de Santa María, el tercero en Málaga y los restantes siete en Sevilla, todos ellos de forma presencial y con el salón del Colegio como lugar de encuentro. Siempre hizo calor ese día... ¡y no digamos en Sevilla! Luego vino la pandemia y el 11º curso lo hicimos, como este, on-line, en la nube, digamos.

Antes, en el Colegio, teníamos un acto de clausura muy entrañable, con clase final y entrega de diplomas, fotos, etc. Tuvimos de conferenciante durante 10 años a Miguel Losada, luego a Raúl Medina y este año a Rafael Escutia. A todos ellos, enormes profesionales, les vuelvo a dar nuestro agradecimiento. Después de la entrega de diplomas solíamos irnos a cenar (los presenciales y algún on-line que se apuntaba), quedando al final de la noche un cierto halo de melancolía al haberse acabado el curso, y con las promesas, que a veces se cumplieron con algunos, de volvernos a ver.

En esas cuatro primeras clausuras no existió el peligro de que la informática nos jugara una mala pasada y aún recuerdo, en el Colegio de Málaga, cómo Miguel Losada tiró de pizarra y con rotulador dio la última parte de su conferencia, dejando atónito a algún político que sentado en la primera fila seguía la conferencia. En términos marineros, el barco que utilizamos para esas primeras travesías fue un barco clásico, de cuadernas de madera y aparejo manejable.

Luego tuvimos que adaptarnos a los tiempos cambiantes e hicimos los cursos de forma combinada, presencial y por streaming. Tenían la ventaja de que podíamos tener alumnos de fuera, de forma simultánea con los que asistían a Sevilla. El barco que utilizamos para esas travesías tuvimos que modernizarlo y también aprender a navegar con él. Gracias a Benito, de ANDT, y a los becarios que tuvimos, cada comienzo de sesión de los viernes tenía su punto de emoción al ver que las cámaras y sonidos funcionaban cuando la clase empezaba a llenarse y los on-line a conectarse. En su conjunto, no hubo sobresaltos importantes y así realizamos las sucesivas travesías.

Todo esto cambió cuando llegó la pandemia y nos dimos cuenta de que los aparejos del barco tenían que renovarse para poder navegar con un viento y una mar desconocida. La tripulación la formaban, como siempre, ilusionados pilotos que querían adentrarse en el apasionante mundo de la ingeniería marítima, y los diversos capitanes se irían relevando en las diferentes clases y tendrían que comunicarse a través del ya conocido sistema de ZOOM. Un sistema más impersonal

a la hora de enseñar, y también de aprender, al perderse en gran parte el contacto directo profesor/alumno.

Hubo un periodo de inactividad en el astillero, después de la 11ª travesía, pues no conseguíamos cubrir una mínima tripulación con la que navegar. Analizando las causas, parece ser que dimos con un nuevo barco, de menor eslora, pero con buen aparejo, recio, que fuera capaz de adentrarse en la mitad de tiempo, en la complejidad del océano que intentábamos comprender.

Para ello, necesité la inestimable ayuda de un avezado capitán, al que conocí en mi 4ª travesía, y que ya venía organizando las prácticas de los alumnos. Todos sabéis de quién estoy hablando, de Gabriel Chamorro, que además de conocer todos los secretos de la ciencia de navegar, transmitía conocimiento y pasión por todas las disciplinas que impartía. Ya os advertimos el primer día de clase que esta travesía no merecía la pena realizarla si no trabajabais duro desde el comienzo y no hacíais vuestras tareas asignadas quincenalmente. Gabriel ha constituido una parte muy importante de este curso, al haber mantenido muy alta la exigencia en el cumplimiento de las tareas propuestas. Para él, pues, mi agradecimiento, así como para el resto de los profesores que nos han acompañado: Francisco Esteban, Luis Moreno, Juan José Muñoz, Vicente Negro, José R. Iribarren, José M. González Herrero, y Rafael Escutia.

Ahora, ya cansados por el esfuerzo realizado, que reconocemos que ha sido mucho (también para nosotros), estaréis de acuerdo en que ha merecido la pena este viaje.

Nuestra alumna-becaria, Rosa Maza, realizó todas sus tareas perfectamente, controlándolo todo y derrochando simpatía y compañerismo.

Milagros Terry, secretaria de organización del Curso, me ayudó, como siempre, a despachar ordenadamente todos los asuntos marítimos y, sobre todo, a no perder el rumbo, algo que a este capitán a veces le sucede, quizás pensando que aún navega en las aguas de su inacabada novela, entre Oahu y Molokai. Tenemos pendiente el organizar la visita tradicional al Puerto de Algeciras y a las playas de Conil, para la segunda quincena de septiembre, para ver si así nos conocemos personalmente la mayoría de nosotros.

Como digo todos los años, el barco ya está arbolado, tenéis los conocimientos para navegar y muchos amigos en diversos puertos. Las rutas son muchas y diversas y hay que perder el miedo, aunque la mar vaya a estar revuelta.

¡BUENA MAR A TODOS!

Gregorio Gómez Pina